

**DESTINO
SALÓNICA**

Raúl R. Sola

**DESTINO
SALÓNICA**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, diciembre 2023

© Raúl R. Sola, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Diseño de cubierta: Sandra Comino

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1946-2023

ISBN: 978-84-127978-2-4

Impreso en España · Printed in Spain

Cada capítulo de esta novela está acompañado por una canción compuesta e interpretada por el autor. Su lectura puede realizarse de forma independiente, si bien el lector tiene la oportunidad de escuchar las piezas escaneando los códigos QR allá donde aparecen.

Nos acabábamos de mudar a Tesalónica, una ciudad destartalada y gris que bajaba de las colinas al mar, rodando sobre cemento, asfalto y metal para dar fe de que, al menos allí, cualquier tiempo pasado fue mejor. Por suerte, habíamos encontrado una casa en el barrio de Áno Póli, al final de la cuesta que daba con el antiguo Kástro y, desde aquellas alturas, la ciudad pronto quedó en un segundo plano. La vida, en realidad, estaba a nuestros pies, en el triángulo que formaban la iglesia, la panadería y la taberna de la esquina, arreglando una cotidianeidad muy diferente a la que Barcelona nos tenía acostumbrados, con *cruces en la frente y tú de quién eres, aquí no se fía, se regala, llévate este pan para la vecina o cántate otra que es viernes*. En aquel ambiente, nuestra calle era como un recodo en el río, un estanque de aguas pardas que mostraba, a quien lo quisiera ver, cuán bellas pueden ser las miasmas.

En el edificio de enfrente se podía ver a *Déspoina**, la del tercero, limpiando muy de mañana el portal. Colgaba las fregonas en la pared de su balcón, ordenadas quién sabe en base a qué criterio: la blanca para afuera, la amarilla para adentro, claro..., pero ¿y la azul, la morada o la verde? Marco, que era su gato y el de todos los vecinos de los edificios aledaños,

compartía conmigo no solo el nombre, sino también una misma pasión y entrega hacia la contemplación parsimoniosa de la vida ajena. En sus ojos, uno podía adivinar las escenas del segundo piso, por encima de nosotros, donde la familia Stravrou desplegaba aquella rara fórmula del amor que pasaba por vivir juntos, generación tras generación, cortar los bizcochos según el número de puertas del bloque y siempre, al pisar la calle, decir: *¡Ana! ¿cómo está usted? ¿quiere algo del súper?*

Ana vivía en el primer piso al otro lado de la calle, frente a las ventanas de nuestro dormitorio. Sentada siempre en su balcón, era para mí como aquella estatua en la que nunca se repara, esa esquila con nombres que nadie conoce o, si se prefiere, una ermita en la que solo los más fieles paran a encender una vela. Y eso fue lo que hice yo, supongo, encender una vela. Sin premeditarlo, me lancé a explorar en aquellas tinieblas el vivo misterio de la soledad, la vejez y la muerte, no por morbo, como podría imaginarse, sino porque, sencillamente, estaba tan solo y perdido como ella.

Cuando a Ish le ofrecieron trabajar con refugiados víctimas de tortura, no dudé en que debíamos mudarnos. Para ella era un paso importante en su carrera y para mí, que arrastraba un trabajo precario tras otro, la oportunidad de encontrar un descanso y aclarar qué quería realmente hacer con mi vida. Con todo, la soledad pronto comenzó a pesarme. Tal vez por ello mi balcón y el de Ana cruzaron la mirada y se quedaron prendidos el uno del otro; esperando llenar los vacíos propios con las fantasías que lo ajeno alberga.

Todo comenzó al poco de trasladarnos. Una tarde, me encontraba yo tendiendo la ropa cuando Ana me sacó conversación desde su balcón y me invitó a continuar la charla con un café en su casa. Me sorprendí de que me hablara en castellano.

Por aquel entonces, yo chapurreaba el griego con poco más de veinte palabras, así que encontrar una paisana al lado de casa resultó un alivio.

Cuando llegué a su piso, encontré la puerta entreabierta. La empujé y avancé en la penumbra, siguiendo un pequeño reguero de polvo que flotaba sobre un haz de luz. El salón estaba tenuemente iluminado por un rayo de sol que entraba por los ventanales de la terraza. Entre las plantas que colgaban de la baranda pude distinguir mi propio balcón, al otro lado de la calle, y nuestra cama tras el visillo de las cortinas. Volví la mirada hacia la sala. A mis pies, había una mesa con un cenicero repleto de colillas y un cigarrillo fino humeando; a la izquierda, un sofá con la tela desvaída y ropa limpia en el respaldo; a la derecha, la televisión encendida, en *mute*.

Se oyó un ruido en el pasillo y, al instante, un paso arrasado. Me asomé al marco de la puerta y vi a Ana sosteniendo una bandeja con una tacita de café. Caminaba torpemente, como si las piernas fueran a fallarle en cualquier momento. Acudí a ayudarla y retiré de sus manos la bandeja. Ya en el salón, se derrumbó sobre el sofá y retomó el cigarrillo del cenicero. Siéntate, dijo, en ademán de bienvenida.

—Me llamo Marco, por cierto —dije por cortesía, mientras colocaba distraídamente la taza de café sobre la mesa.

—Ya lo sé, *re** Marco —replicó ella con cierta soberbia—. Ish me avisó de que llegarías.

—Ah, ¿sí? —repuse yo, sorprendido— Está usted al día de la vida del barrio —repliqué, siguiendo su tono descarado.

—¿*Ti boró na káno, agóri mou**? —respondió ella en griego, con aire resignado—. Estas piernas no me dejan ir muy lejos —y volvió la mirada sobre el balcón.

Pegué un sorbo al café y perdí la mirada en el mantel. Era de lino blanco, pero había tomado el color rubio del bigote de un viejo fumador. Reparé entonces en los objetos que poblaban la mesa: una bandeja de pasteles vacía, cajas de medicamentos, mecheros, el mando del televisor, un listín telefónico... En ese momento, me percaté de que había otras dos tazas de café sobre la mesa; una frente a Ana y la otra al otro lado de la mesa, con un terroncito de azúcar sobre el plato en que descansaba. En ese momento, el café se me hizo amargo en la garganta y solté abruptamente la taza sobre la mesa.

—Perdona, *fill**, no sé si querías más leche.

—¿Habla catalán? —pregunté sorprendido.

—Catalán, castellano, francés, griego... lo que tú quieras *agóri mou** —dijo con una arrogancia impostada.

Lo cierto es que la actitud de Ana, su presencia y figura no se correspondían en absoluto con la situación de abandono en la que parecía encontrarse. Tenía una cara alegre, redondeada por un inusual corte de pelo a tazón que, a juzgar por los trasquilones del flequillo, parecía arreglarse ella misma. Desde el balcón me había parecido verla en camión, pero vestía en realidad un caftán morado, con delicados bordados en la pechera, que combinaba con unos pendientes de piedras rojas y un fular que en algún tiempo debió tener el mismo color. De inmediato, me pregunté qué hacía una mujer como ella en un lugar así. Sin embargo, fue ella quien me interrogó primero.

—¿Qué te ha traído a Tesalónica, Marco?

—Vivir, supongo —dije, esquivando el tema—. ¿Y a usted?, si puedo preguntarle.

—Diría que lo mismo...

Nos quedamos un instante en silencio, sonriéndonos y mirándonos inquisitivamente.

—Ana, mi nombre es Ana —dijo ella, anticipándose a mi pregunta—, con una sola ene —precisó.

—¡Ah! Pensé que sería catalana. Ish y yo nos acabamos de trasladar desde Barcelona.

—Sí, ya me dijo ella. Yo crecí en Barcelona, pero me marché de allí hace ya cincuenta años.

—¿Y no ha vuelto desde entonces usted?

Ana pegó un sorbo al café y me clavó la mirada.

—Barcelona ahora debe ser una buena ciudad donde vivir... No sé qué andáis buscando aquí, la verdad. Trabajo no será.

—Bueno, lo cierto es que... con la crisis de refugiados, Ish ha conseguido trabajo de lo suyo. Además, si le soy sincero, estábamos cansados de Barcelona. Allí trabajábamos los dos y teníamos que compartir piso con dos personas más. Aquí, fíjese qué casa hemos encontrado para nosotros solos. En Barcelona, la hubieran arreglado con cuatro cosas de Ikea y lo alquilarían a turistas por cuatro veces más de lo que pagamos.

—Eh... Sokratis es un buen tipo. Es el piso de su hermana y él tiene un buen trabajo. No tiene intención de sacarle los cuartos a la gente. Siempre lo ha tenido alquilado a parejas.

—No sé si es Sokratis o que aquí a la gente le importa menos el dinero... Igual soy un iluso, no sé.

—Sí que eres un poco iluso, *fill* —contestó Ana secamente.

—¿Le parece?

—Eh... Si la gente le diera aquí tanta importancia al dinero, estarían *més fotuts** de lo que ya están —concluyó, y se echó a reír.

—Ya, no sé. A mí me parece que la gente aquí le da más importancia a otras cosas... Al tiempo, por ejemplo, siento como si esa obsesión por producir no hubiese llegado aquí aún con tanta fuerza y la vida fuera más despacio y hubiera más

espacio para las pequeñas cosas. No sé, ayer, por ejemplo, Ish y yo cogimos un taxi para ir a Kalamariá. Tenías que ver cómo estaban las calles de gente, era una celebración constante... y el taxista no nos cobró nada, Ish se puso a hablar con él y, al final, nos invitó a la carrera.

—Estaría yendo a su casa.

—¿Por qué piensa así?

—¿Te habías fijado en esta casa de enfrente, Marco? Es bonita, ¿verdad? Cualquiera día se prende fuego.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿No ves que no vive nadie?

—No le entiendo... ¿qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando?

—El pasado es un lugar bonito, hasta que arde y te quema.

Probé a pegar otro sorbo al café y miré la casa de enfrente. Los pájaros habían anidado en la terraza y el jardín de malas hierbas había comenzado a descender por la fachada, con ramas que parecían estrujar la casa y querer desportillar las ventanas para meterse dentro de ella.

—¿En qué barrio vivías, Marco?

—En la Salut. ¿Usted en cuál vivió?

—¿Yo? Yo viví en muchos barrios: Sarriá, el Eixample, Can Baró... De allí, del alto Guinardó es de donde guardo mejores recuerdos.

—Sí... Esa zona es muy bonita.

—Sí que lo era, sí. Recuerdo los atardeceres... ¡Ah! Me sentaba en el alfeizar de la ventana y veía las gaviotas remontando la ciudad hacia el parque del Carmel... Vivíamos en una casa preciosa que el Carles había heredado de una tía abuela soltera. La tía María Rosa... —dijo, como si hablara consigo misma— menuda amargada.

—¿Carles era su marido?

—No, *per amor de Deu, fill* —rió—. Carles fue mi padrastro. Me sorprendió la respuesta, pero me pareció inoportuno indagar sobre el tema.

—¿Y vivía allí, al lado de los *Bunkers*?

—¿Los *Bunkers*?

—Quiero decir, allí arriba, en el parque del Guinardó.

—Sí... a tocar del Turó de la Rovira. Al final de la cuesta del Carmel.

—¿Donde las Delicias?

—¿Sigue allí aquel bar? —preguntó Ana, sorprendida.

—Y tanto que sigue —respondí con entusiasmo—. Lo descubrí al llegar a Barcelona. ¡El bar del *Pijoaparte*! No me lo podía creer...

—Sí... A Juan le gustaba ir a escribir allí.

—¿Conociste a Marsé? —Pregunté sin ocultar mi alegría.

—Conocí a mucha gente... Yo estudié periodismo, ¿sabes? Allí en la rambla Santa Mónica

—¿La rambla Santa Mónica?

—¿No sabes cuál es la rambla Santa Mónica? ¿Tanto ha cambiado Barcelona? —y viendo que me encogía de hombros— Bueno, pues allí conocí a mi primer novio, y él en aquel tiempo organizaba unos encuentros en su sótano con otros amigos, unos hermanos que escribían y otro chico que los publicaba... y, en fin, así fue que fui conociendo...

—Claro, es que era Barcelona en los 50... —interrumpí yo, maravillado— Era el tiempo de... ¿cómo los llamaban? —me aclaré la garganta— la generación de los niños de la guerra, ¿no? —respondí, haciéndome el entendido.

—La generación de los niños de la guerra —repitió ella, con sarcasmo—. Vaya unas cosas se inventan... En fin...

Una España muy oscura... Hasta el punto de que muchos nos tuvimos que marchar.

—¿Y cuándo fue eso? —aproveché para preguntar.

—¿El qué?

—¿Cuándo se marchó?

—Pues... mira, recuerdo que me fui a la mañana siguiente de un concierto de *Els setze jutges*. Así que... debía ser el sesenta o sesenta y uno, porque era uno de sus primeros conciertos. Fíjate que aún ni se llamaban así.

Me quedé en silencio, confundido.

—¿No dices que eres de Barcelona? —preguntó irónicamente ella.

—No..., digo que nos hemos trasladado desde allí —me defendí yo.

—¿Y no conoces la *nova cançó*? —replicó.

—¿Serrat? —probé yo.

—Sí, bueno, antes de Serrat...

—¿Y entonces se vino a Grecia? —pregunté yo, girando la conversación con disimulo.

—Espera un segundo, *fill* —dijo Ana, levantándose del sofá con urgencia—, no tardo nada —e hizo un gesto con la mano para que me quedara sentado—. Las pastillas la tienen a una todo el día en el baño.

La tarde había caído. Ish debía de haber vuelto del trabajo. Pensé en marcharme, pero al poner la mirada en la puerta recaí en una fotografía en blanco y negro que había en el aparador junto a ella. Me despertó la curiosidad y me levanté para contemplarla de cerca. Una pareja caminaba, cogida del brazo, bajo un arco de fusiles con bayonetas. Ella, vestida de blanco, miraba a la cámara y sonreía. Él, con un traje militar desgarrado y una gorrilla en punta, con una estrella de broche,

perdía la mirada en el horizonte, en una mueca incierta, acaso seria. Extrañado por la escena, cogí la fotografía por el marco para acercármela a los ojos.

—Esta no eras tú, ¿verdad, Ana? —pregunté, cuando ella volvió del baño.

—No, claro que no —respondió, secamente, mientras me cogía la fotografía de las manos y la colocaba de nuevo sobre el mueble.

—Creo que voy a marcharme, Ana.

—Espera, *fill*... Ya que preguntas, te voy a enseñar cómo era yo de joven.

Y antes de escuchar mi respuesta se giró y se perdió de nuevo en la penumbra del pasillo.

—De verdad que tengo que irme, Ana —espeté, alzando la voz para que me oyera.

—Espera, *fill*, espera... —respondió ella desde algún lugar de la casa.

Un instante más tarde, apareció con una maleta en la mano izquierda, mientras con la derecha tanteaba la pared para no perder el equilibrio. Acudí a socorrerla y ella se sentó en el sofá y se encendió un cigarrillo. Dando una larga calada, me hizo un gesto con las manos para que le pasara la maleta. De un cuero curtido más por el paso de los años que por el tanino, tenía aquella maleta un aspecto ruinoso, a la par que vívido, como un anciano a quien le brillan los ojos. La colocó de lado, sobre la mesa, por el costado que no tenía aún la piel rasgada, y sin mostrarme su interior, sacó de ella una pequeña caja de madera, que depositó sobre el sofá, a su lado. Cerró la maleta, la dejó en el suelo bajo la mesa y volvió la atención sobre la caja de madera, en una secuencia de gestos ceremoniosamente ordenados.

—Mira, *fill* —dijo, mientras abría la caja, después cogió una fotografía y la puso sobre el mantel—. Esta de aquí soy yo, ¿ves?

Daba la impresión de que la vida se hubiera detenido para ella en aquel instante. Se la veía tan despreocupada, con la mano en la cintura, el peso en un costado, la cadera casi dislocada por el gesto... El pelo le caía lacio sobre el hombro izquierdo, imprimiendo a la imagen un halo de viveza. Un chico la rodeaba con su brazo izquierdo, mientras sostenía con la mano derecha una cazadora echada al hombro, con cierto aire rebelde. Posaban frente a una pared de piedra, junto a una pequeña puerta de madera pintada de color granate. En la esquina derecha de la foto había una silla de mimbre y, recostadas sobre ella, dos guitarras.

—¿Quién es él? —pregunté, poniendo el dedo sobre la foto, cerca de la cara de aquel joven.

—Giannis —respondió Ana, tomando la foto y devolviéndola a la caja. El ruido seco que esta hizo al cerrarse se mezcló con el estruendo de una moto que cruzaba la calle en ese momento. Ana perdió la mirada en la mesa y se quedó con los ojos muy abiertos, moviendo la mandíbula de un lado a otro, como si rumiara aquel pedazo de vida antes de volvérselo a tragar. Yo caí de nuevo en la realidad de la sala: la nube del cigarro lamiendo las paredes, la colada olvidada al otro extremo del sofá, la televisión en ralentí, proyectando sueños de un tiempo monocromo.

De repente, sentí que algo tocaba mi pierna derecha. Di un respingo y miré al suelo. Un gato se acariciaba el lomo con mi espinilla, soltando un leve maullido mientras contoneaba la cola.

—Es el gato de Déspoina, la del tercero —dijo Ana, saliendo de su ensimismamiento—. No te asustes. Además, se llama como tú —y cambiando el tono, como quien se dirige a un bebé—,

¿eh, que sí, Marco, bonic? Este sí que está enterado de la vida del barrio.

—¿Cómo conociste a Giannis, Ana? —pregunté, acariciando distraídamente a Marco.

Ella se echó sobre el respaldo del sofá y suspiró. Guardó silencio el tiempo suficiente como para que yo pensara de nuevo en marcharme e hiciera el amago de levantarme.

—Lo conocí en *Pagui* —contestó, entonces, con un acento francés sobreactuado—. Sí... Me marché a estudiar a París y allí fue donde lo conocí... en El Carmela.

—¿El Carmela?

—El Carmela era un bar de españoles del Barrio Latino.

Y al decirlo, su tono cambió enteramente. Había dejado de fruncir el ceño y su voz de repente era tierna y dulce. La miré sorprendido y encontré un brillo nuevo en sus ojos. Tenía la mirada perdida en la pared de enfrente, con la cabeza ligeramente torcida e inclinada hacia arriba.

—Recuerdo que aquella noche andaba por allí Paco Ibáñez —prosiguió ella.

—¿Quién? —pregunté yo impulsivamente.

Ana no respondió. Me miró un instante y, acto seguido, se levantó del sofá y se dirigió hacia la televisión. Con esfuerzo, abrió las puertas del mueble del televisor y apareció ante mí un viejo equipo de música, junto a un montón de vinilos.

—Ayúdame, ¿quieres? —dijo.

Cogí el plato y lo puse sobre la mesa. Levanté la tapa y soplé el polvo.

—Limpia la aguja también, *fill*... Con cuidado, eso es.

Ana me acercó un vinilo y yo lo tomé en mis manos. Me quedé contemplando el dibujo de la contraportada, una especie de garabato donde se podía leer «Lorca».

Saqué el vinilo del cartón y me encontré con una dedicatoria sobre la funda de papel que lo cubría: *a Anna Falguera*. En Barcelona, mayo de 1967.

—Colócala con cuidado —dijo ella— en el primer surco... despacio... así... ¿ves? Ah... Canción de Jinete...

Y yo regresé junto a Ana, al sofá, mientras ella se volvía de nuevo hacia la caja, en busca de otras fotografías. Aquella era una voz grave, pero de una belleza sencilla, como la propia guitarra, y sus palabras resonaban como un cuento lejano, acaso una nana de la infancia. Ella sacó una nueva imagen de la caja, cogiéndola cuidadosamente por la esquina con el pulgar y el índice, y con un gesto me indicó que abriera la mano. Puso la foto sobre mi palma derecha y esperó a que la mirara, sin decir nada. A la derecha, un joven imberbe, con tupé, tocaba la guitarra, sentado sobre una barra, entre un gentío que daba palmas, fumaba y miraba al cantor. Ana señaló a uno de ellos, con un bigote fino y un perfil afilado, que sonreía envuelto en la nubecilla de un cigarro.

—Coincidencias de la vida... —arrancó de nuevo Ana y se detuvo un instante para recrearse, a mi parecer, en el recuerdo— Conocí a Giannis la misma noche que Paco tocaba en El Carmela... —hizo una pausa y se rio ligeramente— Cuando tomé esta foto yo aún no lo conocía, pero míralo... aquí está —entonces besó la imagen y la guardó de nuevo en la caja y, mientras buscaba en el montó otra fotografía, continuó hablando—. El Carmela era un bar pequeño, pero tenía un sótano donde se reunían artistas e intelectuales, latinoamericanos y españoles. Claro... París era otro mundo para nosotros. En Barcelona, podíamos escuchar a Brassens o Ferré, pero lo que llegaba de Latinoamérica..., eso yo lo descubrí en París.

Entonces, Ana hizo una pausa y miró por la ventana. La tarde había caído. Yo asistía mudo al relato de un tiempo y un lugar desconocidos y, no obstante, sentía en mí una nostalgia creciente, como si aquellas vivencias fueran en realidad mías y las estuviera recordando a través de ella. Ana se levantó y cogió otro vinilo. La ayudé a cambiarlo en el plato y volví al sofá con la portada para contemplar al autor: un hombre de cara ancha, de facciones toscas y mirada seria, cuya cara se trasparentaba sobre un fondo de montañas verdes y arboledas, junto a un río que discurría entre piedras: «El hombre, el paisaje y su canción».

—De Atahualpa circulaba la historia —dijo Ana, buscando el surco con la aguja, en mitad del vinilo— de que, antes de ser famoso —y comenzó a sonar aquel paisaje indio—, vivía de prestado en casa de un poeta francés —«apenas un caminito sobre la Puna Nevada», decía la voz—, Paul Eluard creo que era, y la cosa es que este arregló un encuentro con Edith Piaf cuando Atahualpa ya estaba pensando en volverse a Argentina —«y el pastor de poncho puyo se va tras de la majada»—. Aprovechando no sé qué velada del partido comunista, consiguió que se encontraran y le dijo a don Ata que tocara, y este lo hizo, y se ve que cuando Edith Piaf lo oyó, allí mismo le propuso acompañarla al día siguiente a la Ópera de París —«porque me ha olvidado el río», seguía cantando aquella voz—. ¿Qué te parece? ¡Cantó ella la primera parte del concierto y dejó la segunda para que tocara él! —«que en el verano cantaba, cantaba el río»—. Y luego le dio todo el dinero de la función —*tralalarilolaraila*—. Tú lo necesitas más que yo, se ve que le dijo —«cantaba el río»—. Era sin duda un tiempo diferente... Había ilusión, nos juntábamos gente de todo el mundo y pensábamos que era posible, que el mundo podía ser diferente.

—Eso también pasa ahora —intervine yo, y al hacerlo, me incorporé en el sofá, apoyando un pie en el suelo, y el golpe hizo saltar la aguja, que patinó sobre el vinilo hasta hallar el centro del plástico—. Quiero decir... —dije yo, acercándome al tocadiscos para levantar la aguja y dejarla caer sobre un surco cualquiera— a Grecia llegan ahora mismo doscientos mil refugiados al año y miles de voluntarios de Europa y América con el ánimo de ayudarlos.

—Ya lo sé, *re* Marco —replicó ella, como si le estuviera arruinando su relato—, pero entonces era distinto. Nosotros queríamos libertad, porque no la teníamos. Ahora yo no sé qué es lo que los jóvenes quieren. Salvar a refugiados, muy bien... ¿y luego qué?

En ese momento, la aguja se quedó parada en una franja del surco, repitiendo las palabras «mi alazán... mi alazán... mi alazán».

—¿Y qué hacía Giannis en aquel bar de españoles? —pregunté yo, ignorando el último comentario de Ana y retomando la conversación anterior.

—A Giannis le gustaba juntarse con otros españoles exiliados. Llevaba tiempo yendo al Carmela antes de que yo lo conociera. Aquella noche, él actuó después de Paco. Recuerdo que hizo una especie de espectáculo *burlesque*, con canciones tradicionales griegas que cantaba en francés, haciendo un poco el payaso. Ay, Giannis, cómo te gustaba hacer el payaso...

En ese momento, Ana tendió otra fotografía sobre la mesa, en la que se veía a un joven con una guitarra, sobre un mar de sombras, tenuemente iluminado, con la boca muy abierta. A la izquierda había un chico tocando un instrumento de percusión.

—Esta foto la tomé al tiempo, cuando Giannis y yo ya estábamos saliendo. Con Hamza —dijo Ana, señalando al chico de la percusión—, nos hicimos un trío inseparable. Él era de Argelia y había venido a París con una beca del gobierno francés... Decía «comer de la mano del amo para poder morderle» —y se rio ruidosamente—.

Tomé la fotografía y la inspeccioné de cerca, observando aquellas caras jóvenes que emergían de las sombras, con sus miradas brillantes y sus cigarros flameantes, ante el canto eterno de aquella figura... Giré la fotografía y leí: *Giannis y Hamza, Carmela, París, 61'*.

—Nos hicimos muy amigos los tres —continuó Ana, con renovada alegría—. Recuerdo que la primera vez que amanecí con Giannis, Hamza apareció por mi departamento. Giannis ya se había ido y yo estaba escribiendo un poema y, al enseñárselo a Hamza, él cogió la guitarra y me ayudó a musicarlo. Hamza era el único de los tres que sabía de verdad música. Y cantaba de maravilla. Sí... ¡Tenía una voz! Recuerdo que añadió unos versos al final de mi poema, algo en árabe de un cantante de su país al que habían matado. Sí... Quedó bonita aquella canción. ¿Cómo era que empezaba?

De repente, Ana se quedó callada. Una suerte de urgencia la trajo abruptamente de vuelta al presente y se marchó del salón sin decir nada. Pensé que iría de nuevo al baño y decidí esperarla callado, pero, para mi sorpresa, regresó con una guitarra española, bien agarrada contra el pecho. Esta parecía estar a pique de desvencijarse, con la madera carcomida y las clavijas oxidadas. Cuando alcanzó el sofá, se detuvo un instante frente a mí y levantó la guitarra, alargando ligeramente el brazo derecho, en ademán de saludar a un público inexistente.

Yo me quedé mudo del asombro y, para no coartar su impulso, me apontoqué en la silla, mostrando interés.

—Hace mucho tiempo que no toco nada. Esto no me lo tengas en cuenta.



«Despertar»